

Antônio Carlos Jobim, poeta del agua

Pablo Espinosa

Garota es una brisa que revienta en las sienes en forma de sonido y flota; es un suave machaqueo que entibia el tímpano merced a su amortiguado andar de hamaca; es un fluido de mercurio que busca la parte alta del termómetro para convertirse en canto; y una vez que su andar define su forma de curva y proporciones áureas, ya es una frase musical firmada por Antônio Carlos Jobim.

Garota es una melodía que nació de una leyenda tejida por bohemios y cuya turgencia carnal la ha vuelto verdadera: una buena tarde degustaban los poetas la brisa revuelta con bebidas espirituosas, cuando vieron pasar una aparición; en fracciones de segundo el mundo les empezó a correr frente a sus ojos en cámara lenta, inexorable, cadenciosa.

El sonido de los muslos rozando el viento y golpeándose con donosura entre sí, entre la bruma vaporosa del agua derretida en el aire, bajo el sol, sobre la arena, todo eso quedó atrapado en un latir de orquesta, el inicio de una pieza musical que el mundo conoce con el nombre de Garota y apellido tomado del lugar donde ocurrió visión tan alelante.

Garota es esa misma epifanía contada derridanamente como una deconstrucción a la manera del maestro Akira Kurosawa: estaba Rashomon sentado con otros poetas a la vera de la playa de Ipanema, cuando el mar tomó forma de camino: una sirena acababa de dejar su sitio en un fresco de Botticelli e hizo mover su dorada cabellera frente a los ojos atónitos de los guerreros floridos sentados a la vera de ese ras de marea; había nacido Venus y el flotar de su cabellera depositaba, al caminar sedosamente la doncella, un aroma hipnótico en los tabiques nasales de los mortales espec-

tantes mientras su pelo de trigo tornábase negrísimo y el fulgor dorado de su pubis volvíase infinitesimales nudos oscuros que poblaban el universo entero, volcada su epidermis vuelta cosmos. Galaxias, quasares. Constelaciones.

Garota es el *sax tenor* que Charlie Parker dejó olvidado bajo un asiento en el metro de París, navegó desde el Sena dentro de una botella en el mar y tomó forma de mujer en Ipanema.

Garota es una muchacha de cabellos de lino que Debussy dibujó sobre una partitura en Montmartre pero que se volvió mulata y se fue a vivir al Amazonas. Es el par de perlas negras que recogieron, desde los pezones de una sirena, los cantores en una ópera de Georges Bizet y que quedaron prendidas, esplendentes, hirsutas, soberanas, coronando los pechos de la amazona que va atravesando la tarde y cuyos pies diminutos que va dejando hundidos en la arena —sendero que incita al Minotauro— huelen a jazmín con vino escanciado entre sus dedos.

Garota es ese zumbido que se mueve haciendo un hueco en el aire a su izquierda y luego a su derecha por debajo del ambulante nivel de sus caderas y a esa altura flotan sonidos transparentes —la trompeta de Miles Davis en sordina— y volutas temblorosas frente a un grupo de poetas que liban mientras la tarde tiende sus dedos color de rosa sobre el manto plúmbago de la marea que se retira a su aposento.

Garota no es el nombre de una canción que tiene apellido de playa brasileña.

No es tampoco el Santo Grial despararramado sobre el pergamino añejo hallado entre una roca y una ola y donde está garabateado un relato de hadas y sirenas.

Garota es chava, soberanía, belleza, muchacha en portugués. Mejor: en brasileiro.

Garota es la más profunda piel de los sonidos, encarnados en aquello que lubrica los pliegues de todos los sentidos y que los humanos conocemos como música.

Garota de Ipanema es una de las obras maestras de Antônio Carlos Jobim, originalmente llamada *Menina que passa*.

El otro poeta, Vinícius de Moraes, es el otro padre fundador del universo sonoro que define a Brasil como cultura cantora.

Antes de ellos, antes de Jobim y De Moraes, la música brasileña ya poseía felicidad, destreza y alegría. Gracias a ella adquirió una nueva felicidad: la inclusión de la poesía.

Los versos que escribieron juntos desde entonces De Moraes y Jobim son sofisticados frente a los del resto de la música de Brasil, pero suenan naturales.

Esos versos poseen estructuras complicadas, complejísimas, las mismas que conforman las olas del mar. Ambos, los versos de De Moraes-Jobim y las olas del mar, suenan sin embargo absolutamente naturales.

Ergo, nos encontramos frente del descubrimiento del agua tibia (no olvidar la temperatura del agua en Ipanema, je): Antônio Carlos Jobim es el músico del agua.

No solamente por la obviedad de sus títulos: *Agua de beber*, *Aguas de marzo*, *Wave*, *Tide...* sino por la metáfora que arriesgué respecto de la complejidad y al mismo tiempo frescura y naturalidad de los versos y la música de Jobim: las mismas potestades de una ola marina.

Otro hallazgo, este sí candente: Antônio Carlos Brasileiro de Almeida Jobim (1927-1994) es un autor desconocido.

Más allá del éxito clamoroso de un puñado de canciones, Jobim está lejos del reconocimiento merecido.

Es uno de esos casos crasos donde los escuchas de música “popular” no necesitan amplitud de miras y de oídos para valorarlo. El éxito les basta, la gentil atmósfera de las canciones resulta suficiente.

Y, típico también, la arrogancia de los escuchas y, peor, los “críticos” de música “cultura” solamente miran de soslayo, reojo y no re-oído.

Las armonías de los maestros impresionistas franceses, en especial Debussy; el pathos hondo del romanticismo de Chopin; las estructuras más complejas provenientes del mundo de la música de concierto, llevadas de vacaciones a la playa. Esa es la música desconocida de Jobim.

Carioca de corazón, Antônio Carlos, Tom Jobim, estudió música desde niño. Luego estudiaría arquitectura. Pero ganó la música y en realidad nunca dejó la arquitectura porque —lo dijo Frank Lloyd Wright— “la arquitectura es música petrificada”.

El maestro alemán vecindado en Brasil, Joachim Koellreutter, enseñó a Jobim el arte de la composición y en especial el de la armonía.

Y es que la armonía es la herramienta principal de Jobim. Se preciaba de haberla tomado de Debussy, en especial de *El Mar* (otra vez el elemento agua) y de *Nubes, fiestas y sirenas* (más agua y sus componentes poéticos), partituras del autor francés.

Con esa profundidad, destreza técnica, inventiva y originalidad. Jobim se convirtió en el eje de ese masivo movimiento de la bossanova y la internacionalizó.

Thelonious Monk sí reconoció a Jobim como uno de sus pares. Dijo: “el bossanova dio al jazz intelectual de Nueva York lo que no tenía: ritmo, swing, calidez”.

Gerry Mulligan remató: “la música de Jobim es perfecta en armonía y muy sofisticada”.

Una dama sofisticada.

Los elementos magistrales en la música de Jobim que lo elevan a la condición de un clásico están transparentes en su producción de música instrumental.

No hay que olvidar que el anhelo del joven Jobim, cuando “tocaba en bares nocturnos, para borrachos que vociferaban entre sí, por encima de la música”, era ganarse la vida como músico y, en especial, ser arreglista.

De hecho, ese fue su primer empleo, como arreglista, hasta que conoció a Vinícius de Moraes, ese minotauro bohemio, cuyos conciertos consistían en reunir a sus mejores amigos, entre ellos Jobim al piano y a Toquinho, ese otro genio incomprendido, al canto y a la guitarra, mientras Vinícius reía y gozaba y cantaba y recitaba desde una mesa de centro nocturno, con su botella y su vaso en mano.

Vinícius y Tom llevaron, también, a Orfeo a Brasil. En su obra de teatro musical *Orfeo de conceição*: los personajes de la mitología griega son negros, mulatos, brasileiros. Música y poesía. Después, llevada al cine, ganó el Festival de Cannes de 1959.

La sofisticación y al mismo tiempo naturalidad, características del genio de Jobim, se volcaron después, en 1972, en otra obra maestra que le canta al agua.

Elegida incluso como la mejor canción de la historia en Brasil, *Aguas de marzo* es muchas cosas al mismo tiempo: una diatriba contra el maltrato a la naturaleza, a los animales, un rompecabezas exquisito, un modelo para armar, un artefacto de palabras y palabras y ritmo de las palabras y

un desnudarse de las palabras para disfrutar del agua.

Aguas de marzo es un torrente, un manantial, un chopo de agua, un río bronco y luego manso.

Es el río Amazonas. Es un géiser cálido, lanza líquida, llama de agua.

Es un beso húmedo, un soplo de vapor. Nube. Murmullo de brisa. Ternura de gotas goteando, lluvia lloviendo, el viento mojado venteando.

Es un dulce arroyuelo que sonrío.

Laberintos de agua en los hoyuelos.

Es el líquido vital. Es el fluido de vida. Es el fluir. Es flotar en el fluir:

É pau, é pedra, é o fim do caminho

É um resto de toco, é um pouco sozinho

É um caco de vidro, é a vida, é o sol

É a noite, é a morte, é um laço, é o anzol

É peroba do campo, é o nó da madeira

Caingá, candeia, é o Matita Pereira

É madeira de vento, tombo da ribanceira

Es palo, es piedra, es el fin del camino. Es un resto de tronco. Es estar un poco triste. Es una botella de vidrio, es la vida, es el



sol. Es la noche, es la muerte, es un lazo, es un anzuelo. Es un árbol del campo, un nudo en la madera. Caingá, candela, es Matita Pereira. Es la madera del viento, alud en el despeñadero.

Jobim escribió un torrente de palabras, una vorágine de gotas de agua convertidas en palabras. Un artefacto bellissimo cons-

truido con la fuerza de los vocablos, los acentos, las alocuciones. Las improntas.

Tom Jobim dio a luz *Aguas de marzo* durante un momento mágico.

La anécdota es sencilla: iba manejando en el campo, rumbo a un terreno donde construiría su hogar, cuando cayó de repente una tormenta que arrasó todos

los objetos que después nombraría en su canción.

El prodigio compositivo consiste en lograr, con el simple ritmo, cantilación de las palabras, el efecto de una corriente de agua que arrastra lo que encuentra a su paso.

Es entonces una canción rehilete, remolino, géiser, arroyo bravo. Una canción-agua.

Las distintas versiones de *Aguas de marzo* resultan todas fascinantes: la de él sólo en portugués (mejor: en brasileño); él con Elis Regina, en brasileño; él sólo en inglés, en un prodigio de sintaxis, escritura poética en otro idioma, donde conserva la esencia de la composición brasileña y solamente necesita crear dos o tres nuevos versos, dos o tres metáforas, dos o tres nuevos guiños.

Es misterio profundo. Es el quiera o no quiera. Es el viento venteando, el fin de la ladera. Es la viga, es el vano, la fiesta del tije-ral. Es la lluvia lloviendo, la voz de la ribe-ra. De las aguas de marzo, el fin del cansancio. Avecilla en la mano, piedra del tira-piedras. Un ave en el cielo, un ave en el suelo. Un arroyo, un puente.

Y entonces el torrente de palabras se arremolina y fluye y podemos ver los objetos, las aves, las plantas, todo aquello que arrastra la corriente del agua cuando es río, arroyo, un fluido cantando al unísono con la tempestad.

É a chuva chovendo. Es la lluvia lloviendo. É o vento venteando. Es el viento venteando. É um pingo pingando. Es una gota goteando. É uma ponta, é um ponto. Es una punta, es un punto. É uma conta, é um conto. Es una cuenta, es un cuento.

El logro monumental de Jobim para poner en música un torrente de agua que arrastra objetos consigo tiene nombre técnico: *shepard tones*: un efecto progresivo que hace sonar las palabras como torrentes.

Es palo, es piedra, es un soplo de vapor. Es beso húmedo. Es sonrisa con gotas de rocío en los hoyuelos. Es agua, es vida. Es el agua que fluye. Es flotar en el fluir.

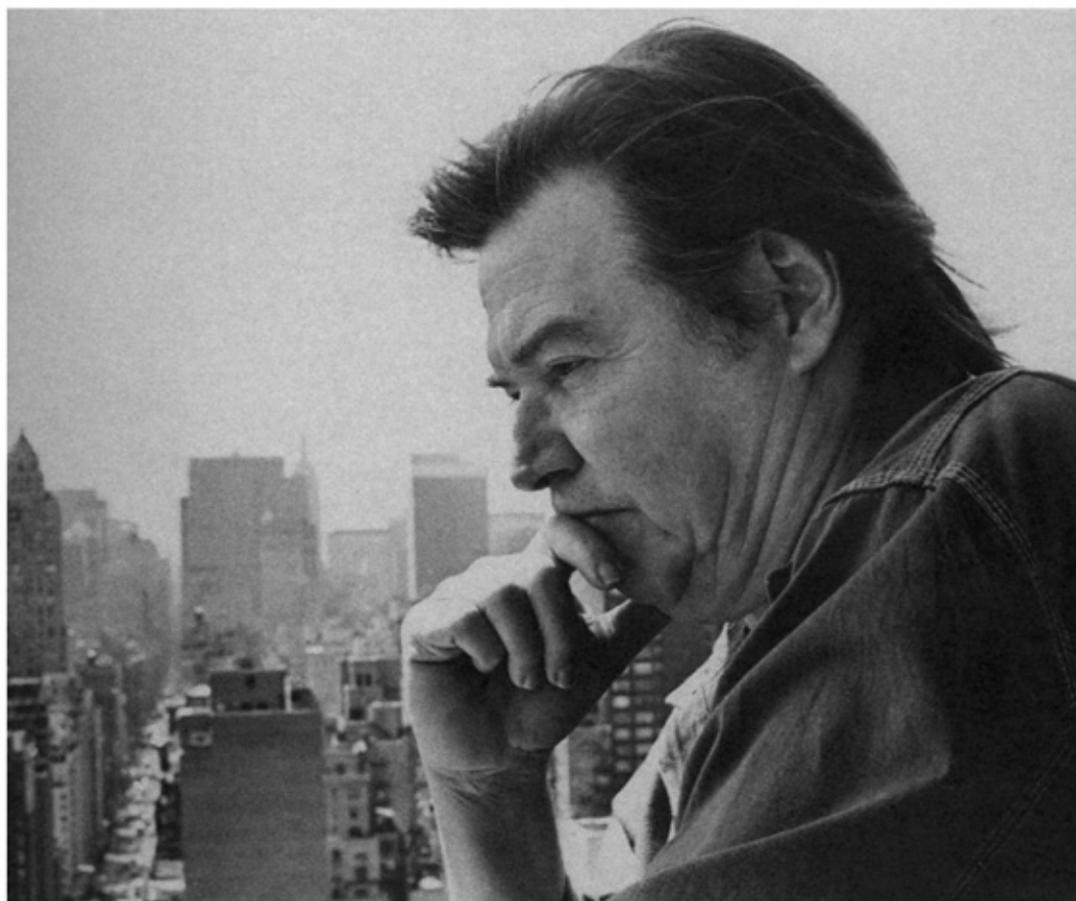
Antônio Carlos Brasileiro de Almeida Jobim es un clásico que el mundo está por descubrir.

Es ave, es piano, es guitarra, es sonrisa. Es madera.

Es un ala del viento, es la gota señera. Jobim. Compositor, poeta del agua. ¡Salve! **u**



Baden Powell, Lucia Proença, Antônio Carlos Jobim, Vinicius de Moraes, 1961



Antônio Carlos Jobim